



KENNEDY APOSTO POR LA PAZ

EN la mañana del 7 de noviembre el Presidente de los Estados Unidos John Kennedy, como un ciudadano cualquiera de su vasto país, conocía por la televisión los últimos detalles de las elecciones del día anterior. En batín, ante su desayuno habitual — «corn-flakes» y jugo de naranjas —, saboreaba la excelente victoria. Apareció en la pantalla el rostro de chicle de Bob Hope. «América —decía el popular cómico— se divide en dos: los Kennedy y el pueblo. Al paso que vamos, habrá más Kennedy que pueblo.» Un tercer Kennedy —el hermano menor, Edward— había sido elegido senador por Massachusetts. (Edward, o Ted Kennedy es un político de «charme». Siempre habla ante una primera fila de mujeres hermosas que tienden sus brazos para tocarle la ropa. A una dama la preguntaron: «¿No encuentra usted ningún defecto a Edward?») «Solo uno: que no sea mi marido.» Aparte de esta satisfacción familiar, Kennedy anotaba bazas más importantes. Sabía ahora dónde estaba localizada su oposición y sabía que su partido consolidaba una mayoría de gobernadores, de senadores y de diputados.

Quizá la sonrisa mejor de la mañana la abriese Kennedy al saber que en el Estado de California su peor enemigo, Richard Nixon, había enterrado para siempre su carrera política.

brindis en moscú

CASI en el mismo momento —salvando las diferencias de horario que separan Moscú de Washington—, Nikita Krustchev recibía a sus invitados en el Kremlin. Se celebraba el aniversario de la Revolución de Octubre, que se conmemora en noviembre porque hubo después una reforma en el calendario. Krustchev estaba radiante. Con un correcto traje azul y una corbata oscura, se acercaba a los grupos y brindaba por la paz con un vaso de agua mineral rusa —la misma que lleva en su equipaje, en grandes cantidades, cada vez que viaja: le he visto beberla en París y en Ginebra—. Se acercó al embajador de los Estados Unidos. «Si no hubiésemos tenido serenidad —dijo— no habría

habido elecciones en su país, ni ahora estaríamos conversando aquí. Aunque no nos gustemos mutuamente, tenemos que abrazarnos. O, por lo menos, estrecharnos las manos.» Krustchev estaba viviendo otra jornada radiante. Por la mañana, había recibido la adhesión del Ejército por su acción en Cuba. Mientras desfilaban por la Plaza Roja los cohetes nucleares —entre ellos uno asombroso de más de quince metros de largo—, Malinovsky había leído su orden del día en el 45 aniversario de la revolución; «El Gobierno soviético ha tomado decisiones justas y oportunas para evitar un conflicto armado.» Por la tarde el partido le testimoniaba su apoyo: en la gran sala del Kremlin, el primer vicepresidente Kossiguin decía: «El compromiso realizado sirve los intereses del mundo, porque sobre esta base se ha evitado el peligro de una guerra termonuclear.» Estas palabras adquirirían un significado especial después de haber visto brillar —el día era glacial, pero soleado— el metal de los monstruosos cohetes. Había recibido un mensaje de los chinos exaltando la amistad de los dos pueblos; otro de los cubanos, asegurándole la amistad eterna...

Los dos antagonistas en una crisis que había erizado los ca-

bellos del mundo, Kennedy o el jugador de póker, Krustchev o el jugador de ajedrez, habían ganado. Los dos habían jugado la misma baza: la paz. Los dos estaban cobrando el salario de la paz.

Kennedy apostó por la paz

TODAVIA hay muchos comentaristas que creen (o quieren hacer creer) que Kennedy ha tenido un brillante triunfo electoral, porque ha llevado su país al borde de la guerra. No puede haber idea más errónea. Lo que ha hecho Kennedy ha sido detener a su país al borde de una acción, de una guerra cuyos muertos estaban ya contados por el Pentágono —la invasión de Cuba, después de un bombardeo masivo de las bases de proyectiles, debería costar cuarenta mil bajas norteamericanas y cien mil cubanas—. Los exilados de Florida se habían repartido los cargos que iban a ocupar en la «nueva Cuba». Ahora claman contra «la segunda traición de los Estados Unidos». Y los despechados republicanos acusan a Kennedy de haber hecho «demasiado poco y demasiado tarde» («too little and too late»).

Pero Kennedy sabía a qué atenerse. Quince días antes de las elecciones, la revista «Newsweek» sondeó la opinión pública. El resultado: alrededor del 90 por ciento de los norteamericanos «no quieren que Cuba sea invadida» («Newsweek», 22 de octubre de 1962), y el semanario comentaba: «Una amplia mayoría de los americanos... no está preparada para una acción precipitada y no estima que Cuba sea una amenaza para la seguridad americana.» Una semana antes de las elecciones, cuando la crisis de Cuba estaba en pleno desarrollo, el Comité Demócrata para la Campaña Se-

ARIO DE LA PAZ

natorial enviaba esta consigna a sus candidatos: «Mués t're nse partidarios de una acción en Cuba, pero de una acción que excluya la invasión.»

**adiós,
mr. nixon**

tes de California: haberse librado de Nixon. Su fracaso le ha costado la carrera. En Los Angeles dijo a los periodistas que le rodeaban: «Les abandono a ustedes, caballeros. Escriban e interpreten como quieran: ya nunca más podrán das coces a Nixon («you don't have Nison to kick around any more»). Esta es mi última conferencia de prensa.»

La campaña electoral de Nixon había sido gigantesca: treinta mil kilómetros recorridos en el Estado de California, 163.000 manos estrechadas (las estadísticas proceden de su estado mayor personal), desfiles con «pin-ups», desfiles gremiales —hubo una manifestación de «Veteri-

NIXON, en el Estado de California, llevaba precisamente la campaña contraria: no hay acción real sin invasión. Una deuda que tiene ahora el mundo con las gen-

KRUSTCHEV: BRINDIS EN MOSCU



Por EDUARDO HARO TECGLÉN

narios pro-Nixon», precedida por el especialista que cuida de su perro—. Pero Nixon hablaba. Predicaba la guerra. Se aferraba a sus viejos tópicos anticomunistas. Incluso circuló por California un folleto, atribuido a un antiguo miembro del FBI, en el que se acusaba al gobernador Pat Brown —el rival de Nixon— de haber colaborado y de haber apaciguado a los comunistas. Desde la tribuna, Nixon acusaba a Brown de no haber votado leyes anticomunistas. En un país de modas, como es Estados Unidos, Nixon estaba cometiendo un error grave: estaba utilizando el lenguaje de la temporada pasada. El católico Pat Brown jugaba la carta contraria. No es que se abstuviera de demostraciones ruidosas como las de Nixon —se le ha visto bailar danzas mejicanas y ha pagado de su bolsillo espacios de televisión de hora y media—, sino que sus palabras fueron siempre moderadas y amplias: a la imagen de su correligionario —en todos los sentidos de la palabra— Jonh Kennedy. La mayoría para Brown ha sido convincente. Y Nixon, que estaba jugando su última carta, después de una vida política breve, pero fulgurante —sobre todo en los tiempos más fríos de la guerra fría— ha tenido que retirarse.

tres hombres en el horizonte

ES posible imaginarse la sonrisa de Kennedy ante su televisión, a la hora del desayuno —la noche antes no pudo enterarse de la derrota de Nixon, porque se retiró a media noche, y los resultados en California, separada de



ADIOS Mr NIXON

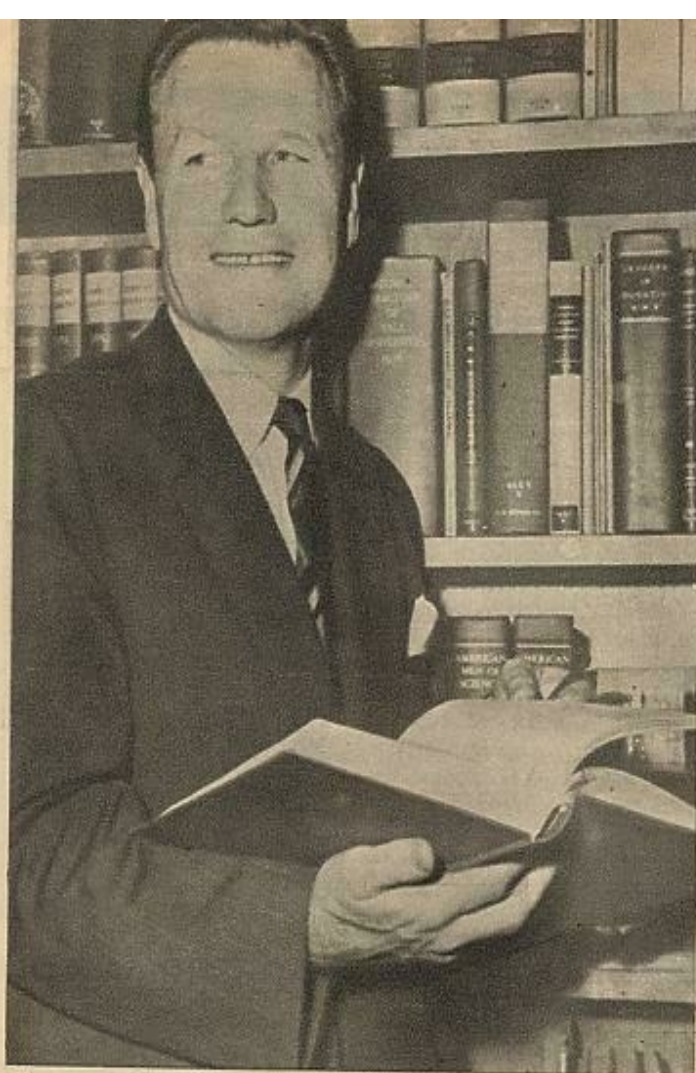
Washington por varios husos horarios, llegaron tarde— al verse liberado del que fue su rival en las últimas elecciones americanas —separado por una infima cantidad de votos—, que podría volver a serlo en 1964.

Pero Kennedy vio aparecer ese mismo día las siluetas de quienes podrían ser sus rivales en las futuras elecciones presidenciales. El partido republicano estaba «rodando» candidatos. Tres nombres aparecen ahora:

ROCKEFELLER: Reelegido gobernador de Nueva York. Nelson Aldrich Rockefeller, cincuenta y cuatro años, multimillonario. Tiene más dinero que Kennedy (se le calculan 50 millones de dólares: 3.000 millones de pesetas). Varios divorcios, pero olvidados cuando Rockefeller se introdujo solo en las selvas y pantanos de Nueva Guinea en busca de su hijo Miguel, que había desaparecido (y que no apareció nunca más). Sabe llevar trajes de trescientos dólares que no «huelen a rico». No fuma, apenas bebe. Ha triunfado de su rival por medio millón de votos.

ROMNEY: Apunten ustedes el nombre de George Romney, cincuenta y cinco años. Va a so-

SIGUE



ROCKFELLER: NUEVO HOMBRE EN EL HORIZONTE POLITICO

nar mucho en la política americana. Ha dejado un sueldo anual de 150.000 dólares (nueve millones de pesetas) en la American Motors para dedicarse a la política. Este sueldo se lo ganaba bien: había sido el creador de los coches «compactos». Al conquistar brillantemente el Gobierno del Estado de Michigan se dibuja como el más probable candidato del partido republicano para las elecciones presidenciales de 1964. Una anécdota aclara su sistema político. En plena campaña electoral, vio un guardia que llevaba un detenido. «Enhorabuena, agente; me alegro de que haya hecho usted una buena caza.» Inmediatamente se dirigió hacia el detenido: «Mala suerte, muchacho, siento que te veas en este apuro.» Romney tiene un punto de identidad con Eisenhower: juega al golf cada mañana antes del desayuno. Sería el primer Presidente de los Estados Unidos perteneciente a la secta políga-

ma de los mormones (en la cual fue misionero).

SCRANTON: William Scranton no es por ahora más que un «outsider». Pero la forma en que ha hundido en el Estado de Pensilvania a su rival, Richardson Dilworth, le califica para la carrera presidencial.

la trama bajo «el milagro alemán»

HUBO un tercer hombre en esta jornada que no pudo ser feliz: el Canciller Adenauer. Tenía encima el primer gran escándalo de la historia de la Alemania Federal: el del semanario «Der Spiegel». La trama del país está cubierta por una serie de excelentes tó-

picos: el «milagro alemán», el alto nivel de vida de los obreros, el orden, la justicia social, la unión patriótica de los partidos, la reconciliación con Francia, el «bastión de Occidente». De pronto, el caso del «Spiegel» ha roto un jirón de esta cobertura y ha dejado al descubierto una parte ingrata de la trama: fuga de secretos militares, teléfonos interceptados —el propio Adenauer declaró ante el Parlamento que a él «alguien» le escuchaba sus conversaciones—, sórdida lucha subterránea por el poder, corrupción de funcionarios, dudosas órdenes de detención. Sobre todo ha planteado un tema importante de nuestra época: el de la libertad de prensa. A pesar de que el director del «Spiegel» Rudolf Augstein —treinta y ocho años, un poco snob, gafas con montura de concha de intelectual, petulante, profesional del periodismo de escándalo— tiene pocas simpatías entre los periodistas alemanes, un reflejo de defensa propia ha hecho que todos los periódicos —a partir del semanario «Frankfurter Allgemeine», honesto, sensato y conservador— se alineen junto a él, en pro de la violada libertad de informar.

El asunto se inició con una denuncia. Un general de la reserva, Von Heydte, presentó ante un juez una denuncia contra «Der Spiegel» por violación de secretos militares. El diario francés «Paris Press», en un artículo de Claude Couband, define así a Von Heydte:

«Una especie de caballero teutónico del siglo XX, este antiguo general de paracaidistas, muy ligado al «Opus Dei» español, pertenece a esa «Academia Occidental», cuyas reuniones tienen lugar en un marco altamente simbólico: el Valle de los Caídos, en la Sierra de Guadarrama, cerca de Madrid.»

Inmediatamente, Augstein fue detenido —fue a la cárcel de Hamburgo en su «Mercedes» 220 SE, conducido por su chófer particular— y comenzaron las detenciones en cadena de colaboradores y redactores, la invasión de los locales por la Policía, los registros. Así estalló el escándalo. ¿Dónde conducirá este escándalo? Es muy posible que termine —a la larga— con la carrera política de Adenauer, ya seriamente alcanzada por las últimas elecciones. Pero, en todo

caso, ha tenido una consecuencia inmediata: «Der Spiegel», que tiraba 500.000 ejemplares, alcanza ahora los 700.000, que agotan a las pocas horas de salir. Lo cual demuestra que esta accidentada polémica sobre la libertad de prensa del pueblo está del lado de los que cuentan las cosas, y no del de aquellos que las quieren ocultar.

«plus ç change



veces se pierden un poco la cuenta de la República Francesa. Creo que debe comenzar mañana, 18 de noviembre, es la sexta. También es difícil, realmente, fijarle la fecha de nacimiento a esta nueva «Marianne». Quizá nació en el momento en que De Gaulle se sintió satisfecho del referéndum constitucional; quizá nazca mañana en las elecciones para l



Conferencia de prensa de los editores de la revista «Der Spiegel». Todos los periódicos alemanes se han

Asamblea Legislativa, o deba aplazarse hasta el domingo próximo, en la segunda vuelta de estas elecciones si es que el primer turno no da resultados claros.

Es dudoso que los partidos políticos puedan ganar su combate contra De Gaulle, y que la nueva República no sea precisamente la que espera el General; pero hay algunas posibilidades de ello. Aún con una Asamblea hostil, las nuevas estructuras creadas por el General son tales, que difícilmente se vería obligado a abandonar el poder. A menos de un gesto de desdén. Pero en los años de su gobierno se ha podido ver ya que los desdenes del General aparecen perfectamente calculados, y que no arriesga ninguno de ellos que pudiera forzarle al retiro y a la redacción de nuevos tomos de sus memorias en Colombey-Deux-Eglises.

Puede esperarse una Francia dividida entre los poderes, ejecutivo y legislativo; una ola de reivindicaciones sociales —el pueblo advierte con sorpresa que los dos mil millones de francos diarios que Francia ha aho-

rrado al cesar la guerra de Indochina no han elevado el nivel de vida del pueblo—, una actividad incesante de la OAS... «Plus ça change, plus c'est égal.»

dos erupciones menores



N tanto que los prohombres del mundo conducen sus carreras políticas en la forma que ustedes han podido ver, la erupción de conflictos grandes y pequeños no cesan en el mundo. No puedo prever cómo estará la cuestión del Yemen cuando ustedes lean estas líneas. Presiento que mal. Puede ser una guerra civil larga con intervenciones extranjeras importantes; puede ser un derrumbamiento de la Monarquía saudita —a la larga, todas las monarquías feudales de Oriente Medio están condenadas a la desaparición—; puede ser



“DER SPIEGEL”: LA TRAMA BAJO EL “MILAGRO ALEMAN”

un conflicto armado entre varios países árabes. Quizá con la intervención de Israel contra Egipto. Todo depende de cómo las grandes compañías petroleras del mundo entiendan que podrán salvaguardar sus intereses primordiales en aquellos lugares.

Tampoco hay previsión posible para el conflicto chino-indio. Los esfuerzos de los agentes de Occidente —especialmente británicos y americanos— se centran ahora en dos direcciones: convencer a Nehru de que busque un acuerdo con Pakistán sobre la cuestión de Cachemira —en 1949 Nehru se quedó limpiamente con el territorio de Cachemira, negándose a hacer un plebiscito entre sus habitantes acerca de si estos preferían ser indios o pakistaníes— y convencer al Pakistán de que contenga su reivindicación territorial sobre dicho territorio hasta que

Nehru acabe, de una forma o de otra, su conflicto con China. Las predicciones de que Pakistán va a aprovechar el ataque chino para iniciar una acción contra la India se acentúan; y nadie duda de que si esto fuera así, la India habría dejado de existir como nación, porque no tiene fuerza para aguantar en dos frentes. Ni en uno: si China se emplea realmente a fondo, en lugar de limitar sus avances a lo que considera simplemente como una recuperación de territorios expoliados, la debilidad militar y económica de la India —que tiene la población de más bajo nivel de vida del mundo, y de mayor analfabetismo, y que no ha conseguido crear un sentido de unidad nacional entre los habitantes de los antiguos Estados regidos feudalmente por los rajas— se vendrá abajo.

E. H. T.



puesto a su lado por entender que el canciller Adenauer ha atentado contra los derechos de la prensa. Consecuencia primera: «Der Spiegel» ha subido su tirada fulminantemente de quinientos mil a setecientos mil ejemplares.